

que ha sido y sigue siendo objeto de sendas tesis de doctorado<sup>36</sup>. Sirva como introducción al pensamiento del autor que estudiamos en este dominio su declaración definitoria de la casa vasca. «La familia elemental vasca de labradores no es conocida casi nunca por el apellido del padre, como en diversas partes de Europa, sino por el “nombre de la casa” en que vive, nombre que puede ser de varios tipos (acerca de los cuales no voy a decir nada ahora), y que en muchas ocasiones data de hace cien, doscientos, trescientos y aun cuatrocientos años; que fue puesto en la época de su fundador o reconstructor, el cual nada tiene que ver con la familia actual con frecuencia»<sup>37</sup>. Este rasgo, ya de por sí específico a la casa vasca, va acompañado de otros elementos no menos fundamentales: «Esta casa que da nombre a la familia puede ser propiedad de los que viven en ella y cultivan sus tierras. Pero no es la idea de propiedad tampoco la esencial para los que la habitan, puesto que con mucha frecuencia estos son simples inquilinos o colonos, colonos que, en verdad, pueden estar vinculados a ella desde hace muchas generaciones. Según mi impresión, la casa con sus habitantes y pertenencias es, ante todo, una especie de “unidad de trabajo” elemental y de esta noción, más o menos claramente poseída, dependen otras muchas. Las personas, los animales y los aperos forman un complejo económico parecido a lo que los romanistas llaman *fundus cum instrumento*. La familia está encajada de modo particular como tal, dentro de esta “unidad”»<sup>38</sup>. La razón de ser de esta institución es mantener la indivisibilidad de la casa y el predio, su «individualidad»: «Los amos o arrendatarios temen los resultados de la parcelación continuada y luchan contra lo que ocurre en otras regiones»<sup>39</sup>. Todo ello conlleva a la producción de una jurisprudencia específica: «En el país vasco han regido, esencialmente, dos formas de heredar: 1) una es la expresada por la ley de la estricta primogenitura, sin distinción de sexos, que se encontraba, sobre todo, en el país de Soule, algo también en el Labourd y menos en otras zonas; 2) otra es la de la libre elección de herederos, que se halla en casi toda la zona vasco-española y en muchos pueblos de la vasco-francesa»<sup>40</sup>.

Con la Revolución Francesa, por primera vez, se abolieron estas leyes, acusando a la ley antigua de propiciar la desigualdad por «privilegiar» al heredero, dejando sin nada al resto de los hijos e hijas de la familia. En nuestros días siguen esgrimiendo el mismo argumento (que no es otro que el ideológico) algunos intelectuales<sup>41</sup>. Julio Caro Baroja, por su parte, expone esa controversia con la sabiduría y ponderación científica que le caracterizan<sup>42</sup>.

Esta institución de la casa va complementada por otra denominada «vecindad». En cualquier circunstancia, para los moradores de una casa de estas que forma un grupo cualquiera de los descritos, resulta más impor-

<sup>36</sup> Una de las últimas y modélica por su composición resulta la obra de Maite Lafourcade, *Mariages en Labourd sous l'ancien régime*, Servicio Editorial de UPV/EHU, Bilbao, 1989.

<sup>37</sup> Julio Caro Baroja, *Baile, familia y trabajo*, Txertoa, Donostia, 1976, págs. 123-124.

<sup>38</sup> *Ibid.*, pág. 124.

<sup>39</sup> *Ibid.*, pág. 125.

<sup>40</sup> *Ibid.*, pág. 126.

<sup>41</sup> Pierre Bidart, *Peru Abarca: «Espace imaginaire et paradigme perdu»*, in *La production sociale des espaces*. Colectif, Université de Pau et des Pays de l'Adour, 1986.

tante la vecindad que la parentela que vive fuera de ella, a lo largo de la vida cotidiana. Las relaciones con consuegro, tíos y sobrinos, primos, etc., residentes en caseríos separados o lejanos entre sí, son menos continuas, intensas y sujetas a reglas que las relaciones entre vecinos de casas próximas. La vecindad obliga a una serie de trabajos colectivos y de servicios mutuos. Su importancia está expresada, también, por numerosos ritos<sup>43</sup>. Incluso la vecindad abordaba ciertos trabajos que desbordaban a la familia como tal: «A veces no sólo la familia, sino la vecindad entera, compuesta de los habitantes de cinco o seis caseríos, trabajaba en común, bien para acelerar la marcha de ciertas labores, bien para ayudar en casos apurados de enfermedad o falta de brazos, bien para llevar a cabo tareas de interés general para la misma vecindad»<sup>44</sup>.

Y con todo, y en la evolución interna de esa institución del caserío (y no por ataques externos en forma de discursos ideológicos o imposiciones jurisprudenciales) se ha generado la crisis. Así lo reconoce Julio Caro Baroja, como observador cercano de la realidad del caserío vasco: «sí cabe afirmar que se pasa por una crisis de los valores antiguos, tradiciones y que esta crisis afecta a la misma estructura del caserío»<sup>45</sup>; y argumenta su razón de ser: «Las nociones de propiedad, de la categoría de ser amo o ama de un caserío y otras que eran fundamentales para la sociedad rural hasta hace poco, han dejado de serlo. Los estímulos están en otras partes y en otros conceptos o "ideales". Los valores que se tienen en cuenta son otros»<sup>46</sup>. Y concluye con una predicción negativa respecto a las posibilidades de subsistencia de esa institución: «Se pueden esperar cambios en los sistemas de explotación agrícola, racionalizaciones y simplificaciones del trabajo, pero lo que no se puede esperar es que aquella unidad social, que fue considerada por muchos autores de los siglos XVIII y XIX como modelo y patrón, aguante con vigencia muchos años más. No seré yo quien diga si esto es bueno o malo. Lo que sí sé es que es "menos poético", para el que observa en las cercanías»<sup>47</sup>.

Además de este estudio dinámico de la institución de la casa o del caserío vasco, Julio Caro Baroja ha puesto a prueba alguna teoría antropológica moderna aplicándola al análisis de la casa vasca. A través de un estudio de detalle encomiable se centra en el análisis de dos casos concretos: 1) Estudiando las vicisitudes de una casa determinada del siglo XVII al XIX. 2) Las de otra casa-palacio de localidad próxima de la misma montaña del Bidasoa<sup>48</sup>. Y llega a las siguientes conclusiones: «Lo que la historia familiar nos indica de cambios y vaivenes de fortuna, nos hace admitir también que la estructura social y la "forma estructural" son dos cosas acaso aún más distintas de lo que incluso pensaba Radcliffe Brown, al formular la distinción recordaba al principio de este modesto trabajo y nos

<sup>42</sup> Julio Caro Baroja, *Baile, familia y trabajo*, op. cit., págs. 127-130.

<sup>43</sup> *Ibid.*, págs. 130-131.

<sup>44</sup> *Ibid.*, pág. 139.

<sup>45</sup> *Ibid.*, pág. 140.

<sup>46</sup> *Ibid.*, pág. 140.

<sup>47</sup> *Ibid.*, pág. 141.

<sup>48</sup> Julio Caro Baroja, *Vecindad, familia y técnica*, op. cit., págs. 64-110.

hace también pensar que la estructura como categoría estática, excesivamente estática, puede hacernos caer en engaño, en falsas identificaciones de hechos distintos. Ciertas palabras, determinados conceptos jurídicos y sociales parecen tener siempre el mismo contenido. Pero esto es falaz, como también procuré hacer ver en mi ensayo sobre los conceptos de honor y vergüenza en España, desde la Edad Media a la Moderna y por otra parte, en el caso que nos ocupa, no sólo la idea general de "casa" o de "casa troncal" varía de contenido a lo largo de los siglos, sino que la misma "casa", considerada materialmente, es objeto e variaciones tan sensibles que es el historiador, en definitiva, el que tiene la última palabra siempre. El historiador humilde que pone las cosas unas detrás de otras, como le son dadas»<sup>49</sup>.

En tercer lugar, está el mundo urbano vasco con su ordenamiento social correspondiente. Hay varios niveles en el ordenamiento urbano acorde con el proceso habido desde la creación de las primeras ciudades medievales hasta la industrialización moderna. Distingue el siglo XI como inicio de los núcleos urbanos debidos a la actividad de los reyes de Navarra, que fundan Vitoria, Salvatierra y Laguardia, en Álava, que fundan San Sebastián en Guipúzcoa, que planifican otras villas nuevas, con el deseo evidente de fomentar el comercio y también con el de dar facilidades a los peregrinos en su marcha piadosa hacia Santiago de Compostela. Por la misma razón se levantaron puentes y se trazaron típicos «pueblos de camino», como Puente Larreina<sup>50</sup>. Le siguió la historia conflictiva de los siglos XIV y XV con el País Vasco sometido a luchas feroces de linajes, agrupados en bandos, en competencia por todo lo que había sobre él, en materia de riqueza y honores: «Oñacinos y gamboinos, agramonteses y beamonteses anduvieron a la greña. Esta división o dicotomía clásica perdió virulencia a fines del siglo XV, y después las familias de los cabezas de bando, parientes y mayores y "jauntxos" perdieron también influencia en el país o se alejaron de él, para entrar en la nobleza cortesana, o para participar en otras empresas»<sup>51</sup>. Durante el XVI y XVII, los industriales vascos vivieron preocupados por no quedar excesivamente retardados ante las innovaciones de holandeses, franceses e ingleses. Durante el siglo XVIII hubo más orden, al parecer en la producción y el comercio. Y a partir del siglo XIX vienen las guerras que no han cesado. Con ello intenta restablecer una visión histórica no idealizada de las realidades pasadas: «No cabe duda de que en el orden social, en el orden político e incluso en el artístico, una porción considerable de gente del país adopta, intelectual y sentimentalmente, una postura que podríamos definir con la palabra siguiente: "neoprimitivismo". "Neoprimitivismo" que, como todos los movimientos de "vuelta a", tiene poco que ver con aquello con lo que se quiere entroncar. ¿Hay

<sup>49</sup> *Ibíd.*, págs. 109-112.

<sup>50</sup> Julio Caro Baroja, *Sobre historia y etnografía*, op. cit., pág. 20.

<sup>51</sup> *Ibíd.*, pág. 25.

algo más de su época que el “prerrafaelismo” inglés? Pero la cosa se complica más cuando entran por medio la Política y el Derecho. Fue el lema de los nacionalistas vascos, dirigidos por don Sabino Arana Goiri, el de “Dios y las leyes viejas” y el de los carlistas, el de “Dios, Patria y Rey”. Unos y otros realizaron una serie de operaciones teóricas para justificar aquellos lemas, y cantidad de vascos y navarros quedaron implicados en la tarea ardua de establecer un orden social rígido absoluto, sobre postulados en apariencia tan claros y en la práctica harto difíciles que se han padecido, allí, más que en ninguna otra parte de España»<sup>52</sup>.

Para terminar de dar cuenta de la panorámica reflexiva de Julio Caro Baroja en lo que concierne al ordenamiento institucional vamos a referirnos a sus estudios de urbanismo político y urbanismo cultural o educativo. Inicia la temática por relacionar el éxodo rural y los procesos de urbanización para preguntarse a continuación: «¿A qué llamaron urbanizar los técnicos, con autoridad y poder? ¿A qué llamarán orden urbano los políticos, que han hecho o dejado hacer lo que se ha hecho? ¿Quién piensa —en serio— en las consecuencias de toda índole que traerá el haber hecho las “urbanizaciones” que se han hecho de veinte años a esta parte? ¿Quién ha pensado en lo que pueden producir las barriadas inmundas, los ámbitos contaminados? ¿Quién ha tomado medidas para que el hombre urbano actual, descendiente de campesinos, que lo fueron durante siglos, pueda acomodarse mejor a medios nuevos?»<sup>53</sup>.

Ya las preguntas tienen un contenido crítico, pero cuando se pasa a la exposición y valoración de lo ocurrido el autor se muestra extremadamente expeditivo: «Ante el resultado de sus actuaciones, se les podría decir: —Menos mal que son ustedes cristianos y conservadores. Porque, si no lo fueran, estaríamos practicando la antropofagia y se habría vendido la catedral de Burgos como solar... Dura era la vida antigua de labradores, pastores, etc., pero este proceso de “insectización” del hombre, manipulado por la industria loca y ciega, va a producir, ya está produciendo, situaciones increíblemente brutales, invirtiendo el pensamiento común expresado en las coplas de Jorge Manrique, podemos pensar que “cualquier tiempo futuro será peor”, si no se estudia mejor lo que ha sido la vida del hombre y si no se pone coto a los desmanes y desenfrenos técnicos actuales. Porque los políticos, sean los que sean, son una pobre gente comparados con los que manejan las fuerzas del mundo: unos criados con calzón corto o librea de empresas, compañías y mercaderes. De esto los historiadores y aun los etnólogos y folkloristas podemos hablar largo y tendido. ¿Para qué dar voces en el desierto o entre sordos? Porque alguien oirá al fin»<sup>54</sup>.

La salida al *impasse* podría venir como consecuencia de una labor educativa de futuros profesionales: «Hace ya bastantes años mantuve relación

<sup>52</sup> *Ibíd.*, págs. 26-27.

<sup>53</sup> Julio Caro Baroja, *Baile, familia y trabajo*, op. cit., págs. 8-9.

<sup>54</sup> *Ibíd.*, págs. 9-10.